

Andrew G. Watson, A DESCRIPTIVE CATALOGUE OF THE MEDIEVAL MANUSCRIPTS OF EXETER COLLEGE OXFORD, Oxford University Press, 2000.

[Reseña]

Un libro abierto en el que cabe la breve esperanza de un salmo, Dominus illuminatio mea, es el símbolo editorial de la Universidad de Oxford. En Venecia, un ancla y un delfín o una torre impresos al frente de un libro eran suficiente indicio para el lector “menos incautamente diremos para el comprador de libros” de lo que podía esperar de las páginas adquiridas. La apelación a la luz puesta al servicio de una imprenta es una afortunada asociación; derivarla de la voluntad divina es una constancia o un homenaje a los modos tradicionales de exponer, una reclamación de lo sublime que no falta ni en la escritura de Homero ni en la Eneida de Virgilio. Es, también, un reconocimiento de humildad que en el caso de las publicaciones alumbradas tradicionalmente en Clarendon Street, no renuncia a la perfección. Ese alto destino, en un catálogo de manuscritos que procura, además, reconstruir detalladamente la historia de cada ejemplar, conlleva el empeño adicional de sobreponerse a las numerosas ignorancias con que la Historia suele conservar sus documentos más antiguos: pérdidas de texto, dificultad de la escritura, ausencia de marcas que aclaren una procedencia, modos de iluminar una página que desdican de lo que creíamos saber por anteriores páginas iluminadas, reconocimiento de un texto clásico, de un minúsculo pasaje de un texto clásico en la guarda que refuerza una encuadernación ajena... Hasta ese grado de minuciosidad alcanza la ciencia descriptiva de Andrew G. Watson. De todo catálogo de manuscritos cabe exigir la correcta atribución de títulos y autores; el periodo de ejecución de la copia; la reconstrucción de su estructura formal; la metódica referencia de cuantos textos y fragmentos al margen del corpus principal se han introducido en el código; la historia particular de cada manuscrito, con su provisión de antiguas firmas y de antiguos poseedores; el afán de exhaustividad en la recuperación de tantas informaciones en los índices. El rigor con el que se administran tales procedimientos es lo que hace excepcional a un catálogo que podría haberse conformado con ser bueno. Porque es justo que reconozcamos que describir un centenar de manuscritos es tarea que hace menos disculpable otro propósito que no sea el de intentar la perfección. Watson no ha eludido ese deber.

Una introducción histórica (págs. xv a xxvi) inaugura el catálogo; esas páginas son en sí mismas otro catálogo: el de las dificultades que conlleva describir un fondo manuscrito medieval y reconstruir su formación sin la existencia de documentos de la época que revelen la procedencia de los códices. El periodo reconstruido abarca desde 1314, año de la constitución del Exeter College por Walter de Stapeldon -de quien se suponen algunos libros fundacionales en el cajón que debía delimitar la biblioteca inaugural del College- hasta el legado visible de C. W. Boase, que hacia 1868 donó dos de los más valiosos manuscritos referidos en el catálogo: unas *Vitae Caesarum* de Suetonio y los *Trionfi* de Petrarca. La falta de inventarios medievales se compensa con las informaciones parciales de algunos testimonios de donación -el más significativo

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)



documenta la entrega de veinticinco libros que el obispo de Chichester, William Rede, hizo en 1374; solo dos sobreviven, uno en el Exeter y otro en la Biblioteca Municipal de Douai- y las alusiones librarias dispersas en los llamados Rector's Accounts, cuya memoria documental se extiende de 1324 a 1882. A este material de archivo debe añadirse la publicación en 1600 de la *Ecloga Oxonio-Cantabrigensis* de Thomas James, primer catálogo selectivo de la biblioteca del College que permite identificar veintiséis manuscritos de la colección. El camino abierto por la *Ecloga* se prolongó en 1697 con la obra de Edward Bernard *Catalogus manuseriptorum Angliae et Hiberniae*, a través de cuyas páginas pueden reconocerse inequívocamente cuarenta y ocho manuscritos todavía conservados en el Exeter. Watson es particularmente efusivo en el aprecio de una empresa precedente a la suya: el *Catalogus codicum MSS. qui in collegiis aulisque Oxoniensibus hodie adservantur* (Oxford, 1852), del bibliotecario H. O. Coxe. La propia solapa del catálogo reconoce que es el precedente más directo del trabajo que ahora se presenta.

La historia de la biblioteca medieval del Exeter College ensayada por Watson es un buen ejemplo de cómo manejar provechosamente información documental, monografías especializadas en historia cultural y del arte, tipobibliografías, correspondencia privada de los bibliotecarios modernos (cf. nota introductoria a ms. 189, aunque no forma parte de la introducción es ilustrativa del método plural de Watson) y, también, anotaciones manuscritas de los propios códices que se catalogan (cf. especialmente la sección «Pressmarks» de la introducción y la historia que se ensaya de cada ejemplar). Los Rector's Accounts suministran noticias variopintas que, si bien excluyen los ingresos por donación, permiten saber de comisiones encargadas de comprar libros y, lo que es más ilustrativo del funcionamiento de una biblioteca universitaria, de pagos a copistas e iluminadores, de la encuadernación de los códices, de la fábrica de cadenas para sujetarlos y del sistema de préstamos de ejemplares sin encadenar, una práctica constatada ya en 1382 y probablemente un motivo que permite justificar algunas ausencias definitivas. La consideración que hace Watson de las consecuencias que para una biblioteca de manuscritos supuso la aparición de la imprenta es en sí misma una ilustración del destino de algunos ejemplares, que sucumbieron ante su versión impresa. Esta progresiva suplantación habría sido semejante en otros colegios, de manera que la historia particular del de Exeter nos ilumina sobre una suerte común cuya evolución se vincula a la pérdida de influencia de la universidad central sobre las librerías de los colegios, que empezaron a incrementar su importancia como centros autónomos de conocimiento, y a elegir con mayor autonomía sus libros. Otro argumento que explica la progresiva irrupción de impresos en librerías mayoritariamente de manuscritos es, en la reflexión de Watson, la influencia que las visitas reales a Oxford y Cambridge en 1535, 1549 y 1556 ejercieron en la implantación de reformas educativas que llevaban aparejada la compra de nuevos libros o de nuevas ediciones de antiguos textos. El hecho de que en el Exeter College se conserven dieciocho lujosos manuscritos con las obras -reales o atribuidas- de Hugo de San Caro, un autor condenado por Richard Fox en sus instrucciones para el lector de teología, es indicativo de la mentalidad conservadora del colegio.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

Las noticias de la librería a lo largo del XVII escasean y lo que puede deducirse de este periodo procede de examinar algunas encuadernaciones hechas en el momento (Mss. 26, 29, 31, 43), algunas signaturas específicas -según el modelo A 3.3 o H 3.10, sustituidas en 1787, cuando la librería dejó de ocupar la antigua capilla- y de cruzar el inventario de la Ecloga (1600) con el Catalogus librorum manuscriptorum Angliae et Hiberniae (1697). De la combinación de esas fuentes se extraen entre catorce y diecisiete manuscritos que ingresaron en la biblioteca del Exeter College después de 1600. La historia constatable del fondo termina con la referencia al incendio de 1709, al ingreso en 1774 de ocho manuscritos medievales que pertenecieron a Sir William Glynne (m. 1690) y a los dos donados por C. W. Boase, bibliotecario del College entre 1868 y 1895. Watson admite la imposibilidad de determinar cómo y cuándo salieron del Exeter los manuscritos que hoy se reparten por otras bibliotecas. Lo que queda, casi un centenar de manuscritos medievales -distribuidos en setenta y cuatro códices-, es un compendio del curriculum universitario habitual: Derecho, Patrística, comentarios bí-blicos y ciencia especulativa. La cultura clásica tiene su representación en Aristóteles (fragmento de Physica IV. 1-208b34 a VI. 213b24, Aristóteles Latinus, vii/i fasc. 2, 1990), Hipócrates (Epistolae), Flavio Josefo (Antiquitates Judaicae), selecciones de Juvenal, Lucano, Ovidio, Marcial y Virgilio, Suetonio (De vita Caesarum, en una de las tres copias que poseyó Petrarca) y Terencio (Comoediae). Las Rimas y los Triunfos de Petrarca en latín e italiano, en una copia del XV (Ms. 187), son la representación más prestigiosa de la cultura humaní-stica en la biblioteca del Exeter College.

La introducción al catálogo termina con una exposición de la estructura de las fichas catalográficas. Cada una desarrolla ocho apartados: 1. SIGNATURA TOPOGRÁFICA; 2. AUTORIDAD Y TÍTULO. En el caso de manuscritos misceláneos y facticios con más de dos obras, el encabezamiento recoge solo autor y título de la primera. En el mismo apartado, pero con letrería de cuerpo menor, se refieren lengua -cuando no es latín-, fecha, lugar de origen y primera palabra del segundo folio de cada manuscrito; 3. CONTENIDO. Su relación varí-a según el grado de unidad del códice. En los misceláneos cada obra se numera en arábigos; los manuscritos facticios distinguen cada sección con una letra capital y los posibles apartados dentro de cada sección se identifican con numeración romana entre paréntesis. En ambos casos los contenidos se relacionan en el orden en el que aparecen en el códice. La imposible uniformidad inherente a la naturaleza de los manuscritos facticios hace que su descripción resulte a veces laboriosa, especialmente cuando se detectan adiciones e interpolaciones para cuya referencia Watson utiliza un asterisco delante de la letra que identifica cada sección y de los números con que se exponen sus diferentes apartados. Basta un ejemplo -es el que el autor ofrece como modelo- para apreciar el grado de complejidad, casi tomista: en el Ms. 1, un facticio en el que las primeras nueve entradas de la sección C son originales pero las tres siguientes y toda la sección D con sus dos subsecciones o apartados son añadidas, se distinguen como *x-*xiii y *D, *(i) y *(ii) respectivamente; 4. ESTRUCTURA. Refleja los aspectos físicos del códice: materia scriptoria, número de folios, dimensiones, cuadernillos, pautado, reclamos... En los códices facticios esta información se suministra de forma independiente para cada manuscrito y se ofrece siempre en un párrafo a continuación de la nota de contenido; 5. ESCRITURA. Es de agradecer la reducción de la nomenclatura a cuatro grandes grupos (carolina minúscula

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

hasta c. 1100, protogótica c. 1100-1200, gótica para el periodo posterior a 1200 - dividida en quadrata, semiquadrata, prescissa/sine pedibus o rotunda y cursiva o hybrida-, y por último, humanística. Para los matices «suelta», «anglicana», etc. se remite a bibliografía especializada; 6. DECORACIÓN. Las descripciones son detalladas y precisas. No podría pasarse por alto la copiosa noticia sobre iluminación y copia que introduce el grupo de manuscritos con las obras de Hugo de San Caro, en su mayoría producidos en Oxford para Roger Keys entre 1452 y 1464 (Mss. 51-68). Tres páginas se dedican a esclarecer la fecha de producción de cada manuscrito, la identidad de los copistas -hasta tres, uno de los cuales, mencionado como William Salomon, era de origen hispano, «Leonensis diocesis», según su propia declaración en los colofones-, la responsabilidad de cada uno en la serie y, por último, la postulación de cuatro iluminadores distintos con la respectiva atribución de su trabajo basada en el examen de la doctora Lynda Dennison. Los resultados se ofrecen en una cómoda tabla que refleja la cronología de la serie y las intervenciones en cada manuscrito de copistas e iluminadores. Esta nueva exposición de la serie disiente de algunas conclusiones del propio autor del catálogo (Watson, 1984) y con monografías ajenas (Alexander & Temple, 1985 y A. C. de la Mare ****); 7. ENCUADERNACIÓN. Las descripciones pueden completarse con las observaciones contenidas en la introducción al catálogo (págs. xxiv-xxv); 8. HISTORIA. Además de lo referido en la introducción -cf. «Pressmarks», págs. xxv-xxvi- cada manuscrito cuenta con un párrafo -y no pequeño en muchas ocasiones- en el que se reconstruye su peripecia, a veces asistida por bibliografía y documentos, otras por un ex libris o por una nota marginal que revela el nombre de un poseedor. La eficacia con la que se manejan esas precarias noticias para reconstruir la historia del códice es realmente admirable (cf. Mss. 5, 6, 15, 18, 36, 69, 186, etc.). No hay un apartado específico para bibliografía; las referencias librarias se van administrando siempre que secundan una explicación o que son origen de un dato ofrecido en las descripciones. Se incluyen también referencias abreviadas a las ediciones. Las abreviaturas de las monografías y los repertorios bibliográficos citados se desarrollan en el apartado «Abbreviated Titles» (págs. viii-xiii) del catálogo.

La meticulosidad de Watson ha transgredido el propio ámbito material de los códices originales que formaron el fondo medieval de la Exeter's Library para identificar fragmentos manuscritos que hoy son parte de encuadernaciones ajenas. A su descripción se destina el epígrafe «Fragmenta», que incluye una carpeta con la signatura 189. En ella caben un pasaje de la *Physica* de Aristóteles y un fragmento anotado de un *Missale ad usum Sarisburiensem*. A estos retazos debe añadirse la información ofrecida en apéndices. El numerado como I (págs. 129-132) describe las hojas de guarda manuscritas que forman parte de encuadernaciones de libros impresos conservados en la biblioteca y archivos del Exeter College. Este primer apéndice se completa con un índice de impresos citados (pág. 142) ordenado por antiguas signaturas. El catálogo de hojas de guarda manuscritas ofrecido por Watson reconoce su deuda con la obra de N. R. Ker, *Fragments of Medieval Manuscripts Used as Pastedowns in Oxford Bindings* (Oxford, Bibliographical Society Publications, NS 5, Oxford, 1954) y con el suplemento para el Exeter incluido por D. R. S. Pearson en *Oxford Bookbinding 1500-1640...* (En prensa). El Apéndice II (págs. 133-134) se destina a describir cinco manuscritos inequí-vocamente procedentes de la biblioteca del Exeter conservados en otras

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

bibliotecas colegiales, todas de Oxford, menos uno, hoy alojado en la Bibliothèque municipale de Douai. El Apéndice III (pág. 135) reproduce los listados de manuscritos del Exeter aparecidos en la Ecloga de James (1600) y en el Catalogus de Bernard (1697); el IV (pág. 136-137) refiere diversas concordancias entre publicaciones históricas (The Index of Middle English Prose & Verse, los Proverbia sententiaeque Latinitatis Medii Aevi de Walther, el catálogo de Incipits de Thorndike y Kibre) y manuscritos de la biblioteca del Exeter que se citan en esas fuentes. El Apéndice V y último (págs. 138-139) es de carácter documental y transcribe las notas de donación de William Rede (1374) y de Henry Boner (1420). Un índice de manuscritos citados (págs. 140-141) y el general (143-150), que incluye autores, títulos, entidades, lugares, poseedores, copistas, iluminadores, traductores, encuadernadores..., cierran el catálogo con esa autoridad, con esa minucia que solo parecen alcanzar las obras sostenidas por una iluminación continua. El salmo que distingue las publicaciones de Oxford brilla con justicia en el lomo de este magnífico catálogo. Y no es inconveniente añadir que de esa luz invocada se beneficia también la cuidadosa edición del texto, con letrería exquisita, disipación de negritas y disposición del contenido en dos columnas.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)